
Tres conceptos de historia atlántica

David Armitage

Hoy todos somos atlantistas –o así parece a juzgar por la explosión de interés por el Atlántico y su mundo como objetos de estudio entre los historiadores del norte y el sur de América, el Caribe, África y Europa occidental. El contexto atlántico está empezando a influir en el modo en que la literatura, la economía y la sociología se ocupan de temas como la representación teatral, la primera historia de la globalización y la sociología de las razas. Sin embargo, ningún campo parece haber adoptado la perspectiva atlántica con más seriedad y entusiasmo que la historia. En efecto, J. H. Elliott ha dicho que la historia atlántica es «uno de los nuevos desarrollos historiográficos más importantes de los últimos años». Se trata de algo que está afectando a la enseñanza de la historia en todos sus niveles, especialmente en Estados Unidos: la historia atlántica cuenta hoy con sus propios congresos, seminarios y programas de postgrado; se conceden premios a los mejores libros sobre el tema; incluso se ponen a punto los primeros libros de tex-

to. Como ocurriera con las historias nacionales que está destinada a complementar, e incluso a reemplazar, la historia atlántica se está institucionalizando. Así pues, éste podría ser un buen momento para preguntarse qué es la historia atlántica y en qué se está convirtiendo, antes de que se consolide y se vuelva totalmente inflexible.

El atractivo de la historia atlántica reside, en parte, en la naturaleza: después de todo, un océano es una realidad natural. Podría parecer que el Atlántico es una de las pocas categorías históricas que tiene una geografía no artificial, al revés de lo que ocurre con las historias de los Estados y las naciones, con sus fronteras cambiantes y sus imperfectas conjunciones entre lealtades políticas y límites geográficos. La historia atlántica también parece tener una cronología razonablemente clara, que empezaría con la primera travesía de Colón en 1492 y concluiría, convencionalmente, con la era de las revoluciones a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Posee por tanto un distinguido *pedigree* su identificación con la modernidad «temprana», anterior al inicio de la industrialización, a la democracia de masas, a la nación-Estado moderna y al resto de rasgos distintivos clásicos de la modernidad plena, cuyos orígenes tanto Adam Smith como Karl Marx asociaban con los viajes de descubrimiento europeos, y especialmente con el que tuvo lugar en 1492.

El Océano Atlántico fue un invento europeo. El resultado de sucesivas oleadas de navegación, exploración, colonización, administración e imaginación. No surgió totalmente formado en la conciencia europea, como tampoco lo hizo «América», aunque desde luego figurase en los mapas –y por tanto en las mentes– dos siglos antes de que las Américas alcanzasen su dimensión y su contorno reales. Y fue un invento europeo no porque los europeos fuesen sus únicos habitantes, sino porque ellos conectaron por primera vez sus cuatro orillas en una sola entidad, en cuanto sistema y en cuanto representación de una realidad natural diferenciada. Los límites

concretos del océano eran, por supuesto, fluidos: estaba menos claro dónde acababa que cuáles eran los territorios que bañaba y relacionaba, puesto que se pensaba en «el Océano» como en una única masa de agua en movimiento, y no como la suma de siete mares distintos.

El nacimiento de la historia atlántica se produjo con retraso respecto a la invención europea del Océano Atlántico. Hasta finales del siglo XX, la historia atlántica fue intermitente y poco valorada como objeto de estudio. Al menos desde finales del XIX habían existido historiadores atlánticos; también había habido historias reconocidamente atlánticas. Pero sólo en la última década la historia atlántica ha hecho su aparición como un subcampo definido, e incluso como una subdisciplina de la historia. Sólo ahora un amplio sector de historiadores, junto con otro tipo de estudiosos, parecen haber convertido su atlantismo en un fetiche.

El historiador británico E. P. Thompson dijo en una ocasión que cada vez que tenía noticia de un dios nuevo sentía la necesidad de blasfemar. Muchos han experimentado lo mismo a propósito de la historia atlántica y la importancia que últimamente ha adquirido. Ese escepticismo ha hecho que surjan algunas cuestiones pertinentes. La historia atlántica ¿descubre problemas nuevos o ayuda a que los historiadores planteen cuestiones más trascendentales que las que se dan en áreas de investigación tradicionales, como las que se ocupan de las naciones-Estado concretas? ¿Puede un historiador pretender realizar alguna aportación fundamental a una historia que, en el momento de máxima expansión, relaciona cuatro continentes a lo largo de cinco siglos? ¿No será sólo una forma más aceptable de estudiar la historia de imperios marítimos como el español, el portugués, el francés, el británico o el holandés? En resumen, ¿qué es lo que hace de la historia atlántica una nueva forma de aproximarse a problemas reales, y no simplemente una excusa para la superficialidad o una defensa del imperialismo?

Si la blasfemia es una respuesta al auge de la historia atlántica, es improbable que proporcione réplicas adecuadas a estas importantes cuestiones. Enfoques más provechosos se pueden encontrar en la genealogía –la historia de la historia atlántica– y en la anatomía –las formas que la historia atlántica ha asumido y podría asumir en lo sucesivo. Siguiendo el primero de ellos, el historiador de Harvard Bernard Bailyn propuso una genealogía de la historia atlántica que remonta sus orígenes a las tendencias anti-aislacionistas de la historia del siglo XX en los Estados Unidos. La especial presión en favor del compromiso internacional que daría nacimiento a la historia atlántica tuvo sus raíces en la primera guerra mundial pero creció con más fuerza durante y después de la segunda. Periodistas norteamericanos contrarios al aislacionismo como Walter Lippmann y Forrest Davis hicieron causa común con ciertos historiadores, muchos de ellos católicos conversos, primero en la lucha contra el fascismo en Europa y luego en la lucha contra el comunismo en los inicios de la guerra fría. Con el propósito de unificar a sus aliados ideológicos, lanzaron la idea de que, al menos desde la Ilustración, en el mundo del Atlántico Norte había existido una «civilización» común que vinculaba las sociedades norteamericanas (sobre todo, naturalmente, Estados Unidos) con Europa a través de un conjunto compartido de valores pluralistas, democráticos y liberales.

Ese conjunto de valores tenía sus más profundos orígenes en una herencia religiosa común que terminó siendo denominada, por primera vez en los años 40 y en esos mismos círculos de Estados Unidos, «judeocristiana». Así, por ejemplo, cuando el historiador de la Universidad de Columbia Carlton J. H. Hayes tituló en 1945 su discurso como presidente de la American Historical Association «La frontera americana: ¿frontera de qué?», la respuesta que él mismo se dio fue simple y muy propia de la época: «de la tradición grecorromana y judeocristiana». En este contexto, el Atlántico se

convirtió en «el océano interior de la civilización occidental», además del Mediterráneo del imperio norteamericano de postguerra. Las historias atlánticas escritas en los días inmediatamente posteriores a la guerra –por ejemplo, las de Jacques Godechot (*Histoire de l'Atlantique* [1947]), Michael Kraus (*The Atlantic Civilization: Eighteenth-Century Origins* [1949]) y R. R. Palmer (*The Age of the Democratic Revolution* [1959-63])– daban por sentado el papel fundamental que el Atlántico desempeñaba en este concepto de civilización.

La historia del tráfico de esclavos y de la esclavitud, de África y los africanos, y en términos más generales de las razas, tuvo un papel pequeño, o ningún papel en absoluto, en semejante modalidad de historia atlántica. Esta variante se ocupaba de la historia del Atlántico Norte más que de la del Atlántico Sur, de la América anglosajona más que de América Latina, y de las conexiones entre América y Europa más que de la relación entre las Américas y África. Era homogénea en lo racial, aunque no necesariamente en lo étnico. La revolución de Santo Domingo –la revuelta de esclavos más amplia y de mayor éxito del hemisferio occidental y un punto culminante en el ciclo revolucionario que golpeó el mundo atlántico a partir de 1776– no era un acontecimiento que pudiese figurar en esta versión de la historia atlántica, ni aparecía por tanto en *The Age of the Democratic Revolution* de Palmer. Tampoco había historiadores del Atlántico negro que fuesen reconocidos como partícipes en una empresa historiográfica común. W. E. B. Du Bois, C. L. R. James y Eric Williams, por poner sólo los tres ejemplos más destacados, se habían dedicado a temas que eran obvia y conscientemente atlánticos en su ámbito –las dinámicas del comercio de esclavos y la abolición; la relación entre esclavitud e industrialismo; la misma Revolución haitiana– durante más de sesenta años antes de que la suerte de la historia atlántica se relacionase con el auge de la OTAN. Sus décadas de aportaciones al campo

proporcionan una genealogía más amplia, multiétnica y auténticamente internacional que la que proponen la mayoría de los defensores del Atlántico blanco, que, como muchos otros genealogistas, han pasado por alto estos antepasados incómodos o desagradables.

El enfoque genealógico de la historia atlántica pone al descubierto un Atlántico blanco con raíces en la guerra fría, un Atlántico negro cuyos orígenes se remontan a la postguerra civil estadounidense y un Atlántico rojo que enlaza con el cosmopolitismo de Marx. Esas ascendencias radicalmente distintas pueden haber impedido en sí mismas cualquier intento de conciliar las diferentes modalidades de la historia atlántica hasta el advenimiento de una época supuestamente post-ideológica –esto es, posterior a la guerra fría y al imperio. El surgimiento de historias atlánticas multicolores, y de historias del mundo atlántico que no sólo incluyen el Atlántico norte anglófono, da fe de los frutos de la fecundación cruzada. A partir de ese éxito, debería por mi parte volver a la anatomía de la historia atlántica para proponer una triple tipología de dicha historia. Como cualquier buena tricotomía, se supone que ésta es exhaustiva, aunque no exclusiva: debería abarcar todas las formas de historia atlántica concebibles, sin descartar que puedan combinarse unas con otras. Como historiador británico que enseña en los Estados Unidos, en las páginas que siguen he extraído mis principales ejemplos de la historiografía del mundo atlántico anglófono. Ejemplos similares se podrían sacar con facilidad de las historias de los mundos atlánticos de lengua española, portuguesa o francesa. Con esta reserva *in mente*, me permitiré proponer los tres conceptos siguientes de historia atlántica:

1. Historia circunatlántica: historia transnacional del mundo atlántico.
2. Historia transatlántica: historia internacional del mundo atlántico.

3. Historia cisatlántica: historia nacional o regional en un contexto atlántico.

En este ensayo mi propósito es describir cada uno de estos enfoques, explicar su utilidad y sugerir su relación con las otras dos modalidades. Prestaré especial atención al tercer concepto –la historia cisatlántica– tanto porque necesita ser explicado con mayor detalle como porque puede ser el más útil como medio de integrar historias nacionales, regionales o locales en la perspectiva más general que proporciona la historia atlántica. También me preguntaré, para concluir, por las limitaciones de la historia atlántica, como ejemplo de historia oceánica y como tendencia historiográfica de moda.

Historia circunatlántica

La historia circunatlántica es la historia del Atlántico como zona identificable de cambio e intercambio, circulación y transmisión. Es pues la historia del océano como un espacio distinto de cualquiera de las diferentes zonas marítimas de menor extensión que aquél comprende. Incluye las riberas atlánticas, pero sólo en la medida en que éstas forman parte de una historia oceánica y no de un conjunto de historias nacionales o regionales lindantes con el Atlántico. Es la historia de las gentes que cruzaron el Atlántico, que vivieron en sus orillas y que participaron en las comunidades que hicieron posibles, de su comercio y sus ideas, y también de las enfermedades que diseminaron, de la flora que trasplantaron y de la fauna que transportaron de un lugar a otro.

La historia circunatlántica puede ser el modo más obvio de acercarse a la historia atlántica. Sin embargo, de las tres formas posibles de entender la historia atlántica es la que menos se ha investigado. Sólo en la última década el historiador del teatro nortea-

americano Joseph Roach dio nombre a esta concepción de la historia atlántica. «El mundo circunatlántico tal como surgió de las revolucionadas economías de finales del siglo XVII», escribe Roach, «era un torbellino en el que mercancías y prácticas culturales cambiaban muchas veces de manos». Según esto, «el concepto de mundo circunatlántico (en oposición al de mundo transatlántico) insiste en la importancia fundamental que las historias de diásporas y genocidios en África y las Américas, la del Norte y la del Sur, tuvieron en la creación de la cultura de la modernidad».

Esta historia es circunatlántica en dos sentidos: incorpora todo cuanto existe *alrededor de* la cuenca atlántica, y es móvil y relacionante, siguiendo de este modo la huella de las circulaciones que se han producido *en* el mundo atlántico. Hubo muchas zonas de intercambio más pequeñas con características similares, por ejemplo en torno a los límites de la cuenca atlántica, en el Oeste de África, en Europa occidental y alrededor del Caribe. Sistemas menores de ese tipo existieron dentro de culturas marineras más limitadas que desarrollaron sus propias identidades y su interdependencia miles de años antes de los viajes de Colón. El gran logro europeo fue relacionar todas estas subzonas en un sistema atlántico único. Dentro de este sistema se producía una interacción entre las sociedades que los migrantes habían dejado atrás y aquellas que entre todos creaban al otro lado del Atlántico: logro que autoriza a afirmar que el Atlántico fue un invento europeo, sin dejar de reconocer la contribución a ese desarrollo de los pueblos no europeos. En cambio, las subzonas del Océano Índico habían quedado unificadas mucho antes de que llegasen los portugueses y otros europeos.

La mayor parte de las historias circunatlánticas han seguido el modelo del «Atlántico blanco» e insistido en la integración en perjuicio de la circulación. Las historias circunatlánticas alternativas que han buscado su inspiración en la historia del Atlántico negro han insistido en la movilidad más que en la estabilidad, resultando

como consecuencia de ello menos teleológicas. En palabras del sociólogo británico Paul Gilroy, el Atlántico fue un crisol de «criollización, mestizaje e hibridación»; fuera de este crisol de identidades surgió lo que Roach llamó una «intercultura a lo largo de todo el borde atlántico». Puesto que la cultura y la identidad han despertado mayor interés que el comercio y la política, se ha prestado más atención a la fluidez del proceso de intercambio que a cualquier estabilidad en los resultados de ese mismo proceso. En consecuencia, abordar la historia atlántica como parte de una narración lineal, sea ésta la de la modernización o la de la globalización, resulta cada vez menos convincente.

La historia circunatlántica es una historia transnacional. Su cronología convencional empieza exactamente en el período habitualmente asociado al momento de ascenso del Estado, finales del siglo XV y comienzos del XVI, pero concluye justo antes de la época de la nación-Estado, a mediados del siglo XIX. Las formaciones políticas características de esta época eran los imperios y las monarquías compuestas, no los estados. La historia del mundo atlántico ha sido frecuentemente explicada como la suma de las historias de dichos imperios, aunque necesariamente sólo podía englobar las perspectivas europeas del sistema atlántico. Una historia realmente circunatlántica escapa al marco cronológico de la nación-Estado; desborda asimismo los límites geográficos de los imperios, igual que aquellos lingotes de plata que pasaron del Imperio de la América hispana a China, creando un vínculo entre el mundo atlántico y el comercio asiático que fue el punto de partida de una economía auténticamente global en el siglo XVI.

Como historia de una zona, sus productos y sus habitantes, la historia circunatlántica es un ejemplo clásico de historia oceánica transnacional: clásico, pero no definitorio, porque, a diferencia del estudio de Fernand Braudel sobre el Mediterráneo, no ha logrado identificar ninguna unidad climática y geológica. Como el mismo

Braudel señalaba, «el Atlántico, extendiéndose de un polo al otro, refleja los colores de todos los climas de la Tierra». Es por tanto demasiado diverso en la variedad de sus zonas climáticas –del Ártico a los Cabos, y de las regiones costeras de la Europa occidental al archipiélago del Caribe– para que el determinismo geográfico tenga en él ninguna utilidad explicativa. El Atlántico se parece al Océano Índico en esa variedad, así como en los vínculos culturales y económicos que dentro de él se fueron creando gradualmente, pero no en que tales vínculos fuesen muy anteriores a la intervención de los europeos. Y si el Océano Índico destacó por su precocidad, el Pacífico ha marchado con retraso, si lo juzgamos según los criterios del mundo atlántico. El Pacífico contó igualmente con subzonas expansivas creadas por culturas de navegantes miles de años antes de la entrada de los europeos, pero también fue, en última instancia, una creación europea, en el sentido de que fueron los europeos los primeros en verlo como un todo; y también los primeros que lo distinguieron de su vecino y tributario, el Atlántico.

A pesar de estas significativas diferencias, las historias oceánicas del Mediterráneo, el Océano Índico, el Atlántico y el Pacífico, comparten una importante característica que las define: como historias específicamente oceánicas (y no, por ejemplo, marítimas o imperiales) reúnen tierra y mar en una relación que los historiadores del Índico han calificado de «simbiótica, pero asimétrica». Es decir, ambas son interdependientes, y aunque la historia del océano sea la que predomine, no constituye el único objeto de estudio, como ocurriría en la historia marítima propiamente dicha. Las historias nacionales de los estados e imperios territoriales sólo forman parte de esta historia cuando un océano crea conexiones a larga distancia entre ellos. Como todas las historias oceánicas, la historia circunatlántica es *trans*nacional, pero no *intern*acional. Lo internacional sería por el contrario el ámbito de lo que podríamos denominar historia transatlántica.

La historia transatlántica

La historia transatlántica es la historia del mundo atlántico contada a través de comparaciones. La historia circunatlántica hace posible la historia transatlántica. El sistema circulatorio del Atlántico creó vínculos entre regiones y pueblos que anteriormente se habían mantenido separados. Esto permite que los historiadores transatlánticos lleven a cabo significativas –no arbitrarias– comparaciones entre historias que de otro modo estarían plenamente diferenciadas. Al revés de lo que ocurre con las «simbióticas, aunque asimétricas» relaciones que entre la tierra y el mar traza la historia atlántica en cuanto historia oceánica, la historia transatlántica se centra en las riberas del océano, y asume la existencia de naciones y estados, así como de sociedades y formaciones económicas (del tipo de las plantaciones y puertos) localizadas a lo largo del borde atlántico. Si puede establecer significativas comparaciones entre estas diferentes unidades es porque ya compartían determinados rasgos, al estar todas imbricadas en las relaciones circunatlánticas. Una historia atlántica común define, pero no determina, la naturaleza de la conexión entre entidades diversas; al ser una variable común, cabe excluirla de la comparación, pero podría convertirse en materia de estudio de una historia específicamente circunatlántica.

Hay dos razones que permiten afirmar que la historia transatlántica es una historia internacional. La primera es etimológica y contextual; la segunda, comparativa y conceptual. Ambos términos –«transatlántica» e «internacional»– se abrieron paso por primera vez en la lengua inglesa durante la guerra de Independencia norteamericana. Los primeros usos del término «transatlántico» aparecieron durante la contienda, en 1779-81. Los ingleses que primero lo utilizaron se servían generalmente de él en un sentido más preciso que el que yo le doy y, desde luego, que el convencional que hoy tiene para significar «de un lado a otro y en la orilla opuesta

del Atlántico», como en el caso de aquellos «Hermanos transatlánticos» de Norteamérica de que hablaban los británicos o de la «actual guerra transatlántica» que se luchaba en, y también por, la América británica. En aquella época, sólo el político John Wilkes lo utilizaba en su acepción moderna cuando se refería a un «viaje transatlántico».

El término «internacional» surgió exactamente en el mismo momento, pero en un contexto ligeramente distinto, en los escritos legales de Jeremy Bentham. En su *Introduction to the Principles of Morals and Legislation* (1780-89), Bentham intentó definir un segmento específico de la ley que aún no tenía una clara definición en inglés. Se trataba del derecho entre Estados como agentes soberanos, algo diferente de lo que tradicionalmente se ha denominado derecho de las naciones o ley que se aplica a las personas como miembros de sociedades étnicas o políticas más amplias. «*Internacional* es una palabra nueva», escribió Bentham. «Está pensada para denominar, de un modo más eficaz, la rama del derecho que se conoce como derecho de naciones». El contexto era diferente solo en la medida en que Bentham brindaba su neologismo a sus colegas los juristas, en una obra escrita en 1770 pero que no sería publicada hasta 1789.

Pero algo más que este origen común en el contexto de la guerra de América identifica historia transatlántica con historia internacional. Lo mismo que se puede decir que la historia internacional es la historia de las relaciones entre naciones (o, más frecuentemente, entre estados) que forman parte de un sistema político y económico más amplio, la historia transatlántica une a estados, naciones y regiones en un sistema oceánico. La historia transatlántica se adapta especialmente bien a las historias del mundo atlántico de los siglos XVII y XVIII, cuando la formación del Estado iba de la mano de la construcción del Imperio. Y resulta sobre todo útil como aproximación a las historias de los estados atlánticos más dados

a lo largo de su historia al excepcionalismo –el Reino Unido y los Estados Unidos, por ejemplo– pero cuyas características comunes pueden manifestarse con mayor facilidad dentro de un marco de comparación atlántico.

La historia transatlántica como historia comparada ha seguido generalmente un eje que atraviesa el mundo atlántico de norte a sur. Así pues, ha sido con mayor frecuencia un ejercicio de historia interimperial que internacional. Anteriores estudios en esta variante historiográfica, y especialmente *Slave and Citizen: The Negro in the Americas* (1946), de Frank Tannenbaum, *Slavery in the America: A Comparative Study of Virginia and Cuba* (1967), de Herbert Klein, o *The New World of the Gothic Fox: Culture and Economy in English and Spanish America* (1994), de Claudio Véliz, comparan los Imperios ibérico y británico a partir de sus diferentes sistemas de leyes, regulaciones económicas, creencias religiosas o estructuras institucionales. Sin embargo, se sigue atendiendo poco a la posibilidad de comparar las historias transatlánticas siguiendo un eje este-oeste. Cuando se ha emprendido este trabajo –por ejemplo, en el caso de estudios sobre Escocia y América en su calidad de «provincias culturales» de la metrópoli inglesa– ha sido normalmente dentro de un ámbito imperial, a menudo explícitamente dividido en centro y periferias.

Sin embargo las unidades de análisis pueden ser más amplias, y el marco más generoso. Por poner un ejemplo del Atlántico anglófono: nunca se ha establecido una comparación sistemática entre el Reino Unido y los Estados Unidos como uniones políticas duraderas a partir del siglo XVIII. El Reino Unido lo creó el Tratado de la Unión de 1707; los Estados Unidos, inicialmente previstos en la Declaración de Independencia, recibieron su unidad gracias a los Artículos de la Confederación, facilitándoseles una unión más duradera con la Constitución de 1788. Retrospectivamente se puede pensar que ambas formaciones conjugaron la estatalidad

con unos nacionalismos ficticios: la británica se forjó en el antagonismo con la Francia católica (en el transcurso de los siglos XVIII y XIX); la estadounidense, como resultado, más que como condición previa, de la independencia y de la victoria en la guerra. Tanto el Reino Unido como los Estados Unidos definieron la ciudadanía en un sentido político y no étnico, así que ninguno de los dos se sometió a la clásica visión esencialista de la nación-Estado como plasmación política de una identidad inmemorial. Cada uno quedó definido por sus orígenes dieciochescos, y esas definiciones se pueden remontar a sus relaciones transatlánticas: los americanos, debido en parte a la larga duración de sus vínculos con Gran Bretaña y al esfuerzo para afirmar su independencia de Gran Bretaña; los británicos, debido en parte a las repercusiones de la derrota en la guerra de América y a la refundación de la nación al término de aquella. A estos dos productos políticos de la guerra, podríamos añadir también la Norteamérica británica que pasó más tarde a ser Canadá, sumando así tres estados forjados en el último cuarto del siglo XVIII, unidos por una historia transatlántica común. Se podrían establecer útiles comparaciones entre ellos atendiendo a sus orígenes, a los diferentes caminos que cada uno emprendió a partir de finales del siglo XVIII y a su historia común dentro del mundo atlántico anglófono.

Historia cisatlántica

La «historia cisatlántica» estudia lugares concretos como localizaciones específicas dentro del mundo atlántico y trata de definir esa singularidad como el resultado de la interacción entre la especificidad local y una red de conexiones (y comparaciones) más amplia. El término «cisatlántico» nació también a finales del siglo XVIII. Su progenitor fue Thomas Jefferson, que lo utilizó para ne-

gar las acusaciones, formuladas por naturalistas europeos como el conde de Buffon, de que la fauna del Nuevo Mundo era débil y estaba deficientemente desarrollada. En sus *Notes on the State of Virginia* (1785), Jefferson replicó aportando un gran volumen de información destinada a refutar unos cargos basados, según él, en los prejuicios y la mera ignorancia. «No pretendo negar», concedía, «que en la raza del hombre haya variedades que se distinguen por las capacidades del cuerpo y de la mente. Creo que esas diferencias existen, y que lo mismo ocurre en las razas de otros animales. Quiero sólo sugerir una duda: ¿el tamaño y la capacidad de los animales dependen de cuál es la orilla del Atlántico en la que crece su alimento o de quién proporciona los elementos de que se componen? ¿Es la naturaleza partidaria de lo cisatlántico o de lo transatlántico?» Jefferson utilizaba el término «cisatlántico» para referirse a «este lado del Atlántico», distinguiéndolo del mundo transatlántico europeo, un significado al que dotó de mayor contenido político cuando en 1823 le dijo al presidente James Monroe que el interés de los Estados Unidos era «no tolerar nunca que Europa interviniese en los asuntos cisatlánticos». El término era así al mismo tiempo una señal diferenciadora y el indicador de una nueva perspectiva americana definida precisamente en relación con el océano Atlántico.

La historia cisatlántica, en el sentido más expansivo que proponemos aquí, es la historia de un lugar cualquiera –una nación, un Estado, una región, incluso una institución concreta– puesto en relación con el mundo atlántico en que se encuentra. Es probable que su monumento más notable sigan siendo los ocho volúmenes de *Seville et l'Atlantique* (1955-60), de Huguette y Pierre Chaunu, que desbordó los límites de una sola ciudad para abarcar el mundo atlántico en su conjunto. Funcionando al revés, la historia cisatlántica a gran escala ha sido cultivada, aunque no exactamente bajo esta denominación, por geógrafos históricos que han estudia-

do la *Atlantic America* (D. W. Meinig), la *Atlantic Europe* (E. Estyn Evans) o la amplia área cultural *Facing the Ocean* (Barry Cunliffe), que abarca de Groenlandia a las Canarias. La obra de esos autores integra regiones en apariencia muy diferentes en un contexto atlántico común, en lo geofísico, lo cultural y lo político. El Océano Atlántico, y la relación común que con él mantienen esas regiones, proporciona el vínculo, pero no es en sí mismo el objeto del análisis. Este enfoque se acerca mucho a la historia circunatlántica, pero se centra no en el océano mismo sino más bien en la forma en que unas regiones específicas se ven definidas por su relación con dicho océano. Semejante relación a lo largo del tiempo permite que los especialistas describan modelos más amplios, para descender luego de las vinculaciones más generales al impacto concreto que las relaciones atlánticas han tenido en las distintas regiones. Cunliffe, por ejemplo, empieza con la prehistoria y acaba justo antes del comienzo de la primera modernidad; de modo similar, Meinig abarca la historia de todo un continente hasta el mismo siglo XX. Sus enfoques sugieren lo que podrían lograr las historias cisatlánticas del período de la modernidad temprana (pero también de épocas posteriores) si se concentrasen en unidades de análisis más limitadas y en franjas temporales menos amplias.

La historia cisatlántica puede aminorar las distinciones artificiales entre historias que habitualmente se distinguen entre sí a partir de oposiciones como internas y externas, locales y foráneas o nacionales e imperiales. El auge de la historia nacionalista en el siglo XIX coincidió con la invención de historias extranacionales como la de la diplomacia o la de la expansión imperial. Las fronteras entre dichas historias han sido impermeables hasta épocas recientes, cuando el auge del multilateralismo de postguerra, de la descolonización y de la creación de federaciones transnacionales, junto con el sentimiento separatista aparecido en el nivel subnacional, han ayudado a desdibujar algunos de esos límites.

Cuanto más amplios son los intentos de dar cuenta de los procesos históricos, más difíciles pueden ser de desmontar. Por ejemplo, los procesos a los que se refieren las etiquetas «edad moderna temprana»—dentro de la historia europea— y «colonial» —dentro de las historias de la América británica o española— son diferentes: la primera implicaba un movimiento hacia la modernidad, mientras que «colonial» entrañaba la subordinación a un imperio que precedería a la independencia y a la apropiación de la categoría nacional y estatal. A la historia latinoamericana raramente o nunca se le ha aplicado la etiqueta «edad moderna temprana», y en la de Norteamérica los intentos de reemplazar el término «colonial» no han obtenido un éxito completo. La incompatibilidad de esos grandes relatos totalizadores ha tenido efectos especialmente debilitantes en los análisis del período denominado «tempranomoderno» o «colonial», sobre todo porque ha oscurecido las continuidades entre procesos que habitualmente se estudiaban por separado, como la formación de estados europeos y la construcción de imperios extraeuropeos. Como ocurre con las comparaciones que posibilita la historia transatlántica, la historia cisatlántica se enfrenta a tales separaciones insistiendo en las características comunes y analizando los efectos locales de los movimientos oceánicos.

A este nivel de lo local, la historia cisatlántica puede estudiar con mayor provecho los lugares más obviamente transformados por sus vinculaciones atlánticas: ciudades portuarias y grandes ciudades. Por ejemplo, la economía de la ciudad inglesa de Bristol, que en el siglo XV dependía del comercio del vino, pasó en el XVII a especializarse en productos atlánticos. Esto entrañaba no sólo un radical cambio de orientación —del este al oeste, de Europa a las Américas—, sino también trastornos en el orden social, la ordenación del espacio cultural y la distribución del poder. Similares transformaciones se pueden observar en otros asentamientos en torno a la cuenca atlántica, lo mismo en las riberas atlánticas de

Europa y de África que en las ciudades del Caribe o a lo largo de la costa este de Norteamérica. Por ejemplo, las encrucijadas del mundo atlántico adquirieron un nuevo significado cuando aumentaron las rivalidades entre los imperios y los poderes locales se beneficiaron de la competencia entre quienes querían asegurarse su lealtad, como pasó con los indios cunas de los istmos de Darién. Allí donde las poblaciones locales se encontraban o entraban en conflicto con gentes venidas de fuera (no siempre europeos) aparecía lo que el historiador americano Richard White ha denominado un «terreno intermedio» de negociación y lucha. Dichos terrenos intermedios no habrían existido de no ser por la circulación y la competencia creadas por el aumento de la densidad de conexiones dentro del sistema atlántico. Asimismo, nuevas economías vinieron a satisfacer demandas nuevas, gracias a la exportación generalizada del sistema de plantación desde el Mediterráneo a las Américas en los siglos XVI y XVII o mediante procesos de especialización gradual –surgidos de manera más orgánica– como el que llevaron a cabo en el siglo XVIII los productores de vino de Madeira, que crearon los vinos epónimos en respuesta directa a la variación de gustos de los consumidores.

La historia cisatlántica puede alcanzar sus máximas posibilidades en las historias de lugares más grandes incluso que las ciudades, istmos o islas; es decir, en las historias de las naciones y los estados que se asoman al Océano Atlántico. Las historias de los Tres Reinos de Gran Bretaña e Irlanda a comienzos de la edad moderna proporcionan un útil conjunto de comparaciones relacionadas entre sí. Este tipo de enfoque cisatlántico –aunque no recibiese tal nombre– ha caracterizado la historia de Irlanda a partir de los años treinta, cuando historiadores como G. Hayes McCoy y David Brees Quinn situaron por primera vez la historia irlandesa en el contexto de la expansión hacia el oeste. Una tendencia más reciente de la historiografía irlandesa ha subrayado en cambio las simili-

tudes entre el lugar ocupado por Irlanda dentro de la monarquía compuesta inglesa y la situación de otras provincias, como Bohemia, dentro de los imperios y estados compuestos de la Europa contemporánea. Irlanda era desde luego parte de los modelos de confesionalidad, militarización y construcción estatal paneuropeos, pero también compartía experiencias con otras colonias atlánticas británicas. Similarmente, Escocia aparece ahora menos como una «provincia cultural» de Inglaterra que como una nación atlántica, aunque una nación que favorecía las alternativas de migración y comercio con la Europa del norte en perjuicio de las nuevas oportunidades que ofrecía la expansión hacia occidente.

Los ingleses fueron tempranos y entusiastas atlantistas si los comparamos con los irlandeses y escoceses, pero la historia cisatlántica de Inglaterra en los inicios de la modernidad sigue siendo la menos desarrollada de las de los Tres Reinos de Gran Bretaña e Irlanda. Lo que resulta tanto más curioso si tenemos en cuenta que muchos de los rasgos definatorios de la modernidad temprana en Inglaterra asociaban procesos locales, ocurridos dentro de la misma Inglaterra, y procesos del mundo atlántico. Por ejemplo, hoy tenemos una imagen mucho más clara que antes de las continuidades entre la migración interna y la externa, de modo que podemos ver la migración hacia el mundo atlántico –y también a menudo la ocurrida luego dentro de él– como una ampliación de la movilidad existente dentro de la misma Inglaterra, tal como fue canalizada a través sobre todo de puertos de primer orden como Londres o Bristol en el siglo XVII. La política puede someterse a un análisis similar. El Estado inglés colonizó simultáneamente en este período dos tipos de espacio, mediante el reforzamiento de su autoridad en la propia Inglaterra y la extensión de esa autoridad a territorios situados fuera de sus límites. La necesidad de incorporar a las elites locales y de afirmar simbólicamente la autoridad resultó ser un problema común a ambos espacios. De forma parecida, la creación

de una economía atlántica no fue simplemente cuestión de encontrar nuevos mercados exteriores sino que también entrañaba una creciente implicación de la economía doméstica en el intercambio atlántico, antes incluso de la revolución comercial del siglo XVIII. Las dimensiones de esta participación en el comercio atlántico aún ha de ser investigada en los niveles más íntimos de la ciudad, la aldea e incluso la familia. La historia cisatlántica tendrá así que abarcar el Estado inglés en toda su amplitud sin dejar de perder de vista la intimidad de la esfera doméstica. Tratando cada dato como parte de una común experiencia atlántica en marcha, sería posible proporcionar explicaciones más complejas y convincentes de las relaciones entre el Estado, el mercado y la familia que las que teníamos hasta la fecha.

* * *

Braudel advertía de que «el Mediterráneo histórico parece ser un concepto que puede ampliarse al infinito», y se preguntaba: «¿Hasta dónde resulta legítimo ampliar sus límites espaciales?». La misma pregunta podríamos hacernos sobre el Atlántico, y también sobre su historia. Parecería que la historia circunatlántica no tendría que rebasar las orillas del océano; tan pronto como abandonamos el sistema circulatorio del Atlántico en sí mismo considerado entramos en el conjunto de las historias cisatlánticas. La historia transatlántica combina dichas historias cisatlánticas en unidades comparables; las posibilidades combinatorias son varias, pero no infinitas, porque la contigüidad al Atlántico determina la posibilidad de comparación. Las historias cisatlánticas, aunque cuenten en apariencia con límites más precisos, pueden ser en realidad las de mayor amplitud: penetran profundamente en los continentes del anillo circunatlántico, llegando tan lejos como los bienes, ideas y gentes que circulaban en el interior del sistema atlántico. Las re-

giones alejadas del litoral también tendrían así historias cisatlánticas.

Los tres conceptos de historia atlántica que aquí hemos esbozado no son excluyentes, sino que más bien se refuerzan entre sí. Examinados en su conjunto, hacen posible una historia tridimensional del mundo atlántico. Una historia circunatlántica debería hacer uso de los resultados de distintas historias cisatlánticas y generar comparaciones entre ellas. La historia transatlántica puede relacionar tales historias cisatlánticas debido a la existencia de un sistema circunatlántico. A su vez, la historia cisatlántica alimenta las comparaciones transatlánticas. Tal conjunto de historias que se fertilizan mutuamente podrían mostrar que la del Atlántico es la única historia oceánica que cuenta con estas tres dimensiones conceptuales, por ser quizá la única a la que se le puede otorgar un ámbito transnacional, internacional y nacional al mismo tiempo. Apenas se han establecido todavía comparaciones globales entre las distintas historias oceánicas, comparaciones que deberían tener una importancia fundamental en cualquier futura historia de los océanos.

La historia atlántica no ha muerto a causa de la sobreabundancia de manuales, como ha ocurrido en otros campos. No ha generado un canon de problemas, acontecimientos o procesos. No sigue un método ni una práctica generales. Ha empezado a rebasar, con buenos resultados, los límites de la modernidad temprana (c. 1492-1815) en los que habitualmente se ha querido confinarla. Es, como el mismo Atlántico, un territorio fluido, en perpetuo movimiento y que en principio carece de fronteras, dependiendo ello de cómo lo definamos; esto es parte de su atractivo, pero también uno de sus inconvenientes. No es probable que sustituya a las historias nacionales tradicionales y tendrá que competir con otras modalidades de historia transnacional e internacional. Sin embargo, como campo que relaciona las historias nacionales, facilita las comparaciones

entre ellas y abre nuevos campos de estudio o dota de instrumentos de análisis más precisos a formas de indagación mejor asentadas, sus posibilidades son seguramente mayores que sus desventajas. La historia atlántica –en su variantes circunatlántica, transatlántica o cisatlántica– conduce a los historiadores hacia el pluralismo metodológico al tiempo que amplía sus horizontes. Seguramente es todo lo que se le puede pedir a un campo de estudio que empieza a constituirse.

D. A.

Traducción: *A. T.*